

sentaron en los sillones alrededor de la mesa. El decano de edad, el marqués de Bohain, se había sentado en el sillón presidencial, un sillón más dorado y más alto que los otros. Saccard, como director, se había colocado enfrente de él. Inmediatamente, así que el marqués hubo declarado que se iba á proceder al nombramiento de presidente, levantóse Hamelin, para declinar toda candidatura: creía saber que muchos de aquellos señores habían pensado en él para la presidencia; pero tenía que hacerles notar que debía partir á otro día para el Oriente, que además era de una inexperiencia absoluta en materia de contabilidad, de banca y de Bolsa, y que, en fin, había en aquel puesto una responsabilidad cuyo peso no podía aceptar. Escuchábale Saccard muy sorprendido, porque todavía el día antes la cosa estaba convenida; y adivinaba en aquello la influencia de Carolina sobre su hermano, sabiendo que por la mañana ambos habían tenido una larga conversación. Así, no queriendo otro presidente que Hamelin, algún independiente que acaso le estorbaría, se permitió intervenir, explicando que la función de presidente era sobre todo honorífica, y que bastaba que el presidente hiciera acto de presencia, en el momento de las juntas generales, para apoyar las proposiciones presentadas por el consejo y pronunciar el discurso de costumbre. Por otro lado, se iba á elegir un vicepresidente, que daría las firmas. Y para lo demás, para la parte

puramente técnica, la contabilidad, la Bolsa, los mil detalles interiores de una gran casa de crédito, ¿es que no iba á estar allí él, Saccard, el director, precisamente nombrado para esto? El debía, según los estatutos, dirigir el trabajo de las oficinas, efectuar el cargo y data, administrar los negocios corrientes, cumplimentar los acuerdos del consejo, ser, en una palabra, el poder ejecutivo de la Sociedad. Aunque estas razones parecían buenas, Hamelin siguió resistiéndose todavía mucho tiempo, y fué preciso que Daigremont y Huret insistiesen también de la manera más apremiante. El marqués de Bohain, majestuoso, no se interesaba en el debate. El ingeniero cedió al fin, fué nombrado presidente, y se le escogió para vicepresidente un oscuro agrónomo, antiguo consejero de Estado, el vizconde de Robin-Chagot, hombre dulce é insignificante, excelente máquina para echar firmas. Cuanto al secretario, fué elegido de fuera del consejo, en el personal de las oficinas del Banco, el jefe del negociado de emisiones. Y como llegaba la noche, esparciendo por la gran pieza una sombra verdosa de infinita tristeza, juzgaron el trabajo bueno y suficiente, y se separaron después de haber acordado que las sesiones fueran dos al mes, el pequeño consejo el quince, el gran consejo el treinta.

Saccard y Hamelin subieron juntos al gabinete de los planos, donde los esperaba Carolina. Esta vió en seguida, en el embarazo de su her-

mano, que acababa de ceder una vez más por debilidad; y, un instante, quedó disgustada.

—¡Pero vamos, eso no es razonable!—exclamó Saccard.—Pensad que el presidente cobra treinta mil francos, cifra que será doblada cuando nuestros asuntos se ensanchen. No sois bastante ricos para despreciar esto... Y decid ¿qué es lo que teméis?

—Lo temo todo—respondió Carolina.—Mi hermano no estará aquí, yo misma no entiendo nada de las cuestiones de dinero... ¡Mirad! esas quinientas acciones que habéis inscrito para él, sin que las pague en seguida... Vamos, ¿no es una cosa irregular, no quedaría en descubierto, si la operación saliese mal?

Saccard se echó á reír.

—¡Vaya una cosa! ¡Quinientas acciones, un primer pago de sesenta y dos mil quinientos francos! Si al primer beneficio, antes de seis meses, no pudiera reembolsar esto, valdría más que fuéramos á tirarnos al Sena en vez de tomarnos el trabajo de emprender nada... No, podéis estar tranquila, la especulación no devora más que á los torpes.

Carolina permanecía severa, en la oscuridad creciente de la habitación. Pero entraron luces y quedaron ampliamente iluminadas las paredes, los grandes planos, las acuarelas, que la hacían soñar tan á menudo con el Oriente. La llanura estaba desnuda todavía, las montañas ocultaban el horizonte, y ella evocaba el aban-

dono de aquel viejo mundo dormido sobre sus tesoros y que la ciencia iba á despertar de su ignorancia y de su miseria.

¡Cuánta grande y hermosa y buena cosa que realizar! Poco á poco una visión le mostraba generaciones nuevas, toda una humanidad más fuerte y más dichosa brotando del antiguo suelo, labrado de nuevo por el progreso.

¡La especulación, la especulación!—murmuró maquinalmente, combatida por la duda. Saccard, que conocía muy bien sus pensamientos habituales, había seguido en su rostro aquella espesura melancólica. Si la especulación, ¿por qué os da miedo esta palabra?... La especulación es el estímulo mismo de la vida, es el eterno deseo que obliga á luchar y á vivir... Si me atreviese á hacer

una conparacion, se es consecuencia...
Ircia uno vez, acometido de un escrípu-
lo de delicadisa. Afreviöse, sin embargo,
brutal sin esfuerzo ante las mujere.
-Vanos, ¿creéis que sin... ¿cómo lo diré?...
sin el libertinaje se engendrarían
muchos niños?... Por cien niños
que se deja de hacer, ocurre que en
aquel se fabrica uno apenas. El
exceso es el que trae lo necesario
¿no es cierto?

¿Ciertamente-respondi' ella con
un bararo. Pues bien, sin la espe-
culacion no se harían negocios,
querida amiga... ¿Para que di-
nos queréis que yo desembolse mi
dinero, que arriesgue mi fortuna,
sin no me prometéis un goce extra-
ordinario, una brusca dicha que

me abra el cielo?... Con la remun-
neracion legitima, mediocre del
trabajo, el prudente equilibrio de las
transacciones diarias, la existencia
no es más que un desierto de una
extrema monotonia; un pantano
donde todas las fuerzas duermen y
se pudren; mientras que haceis fla-
mear violentamente un sueño
en el horizonte, prometed que con
un sueldo regularian cien, ofre-
ced à todos esos adormecidas la
carrera de lo imposible, millones con-
quistados en dos horas, en medio
de los peligros más espantosos; y
comentada la carrera, se decu-
plican las energias, y el atropel-
lamiento es tal, que, aun esfor-
zándose únicamente en busca

del placer, las gentes llegan á veces á
hacer niños, quien decir, cosas vi-
vientes, grandes y hermosas)... ¡Ah, dia-
bre! hay muchas porquerías inútiles,
pero, seguramente, sin ellas se aca-
baría el mundo.

Carolina se había decidido á ir tam-
bién, porque no tenía nada de garmón.
De modo que vuestra conclusión es que es
preciso resignarse, ya que esto está en
el plan de la naturaleza... Tenéis ra-
tón, la vida no es cosa sencilla.

Me entró un verdadero volter á la idea de
que esta pars hacia adelante se daba en
la sangre y en el fango. Bastaba querer.
Sus ojos no habían dejado de mirar, á lo
largo de los muros, los planes, y los dibujos
que evocaban el porvenir, puertos, ca-
nales, caminos, ferrocarriles, com-
El caso en página 207.

pos con granjas inmensas montadas como fá-
bricas, poblaciones nuevas, sanas é inteligentes,
en las que se vivía vida larga y feliz.

—Vamos—añadió sonriendo—preciso es que
yo ceda, como siempre... Tratemos de hacer
algún bien para que se nos perdone.
Su hermano, que había permanecido silencio-
so, se acercó á abrazarla, y ella le amenazó con
el dedo.

—¡Oh! tú eres un zalamero. Te conozco. Y
mañana, cuando nos hayas abandonado, apenas
te inquietarás por saber lo que pasa aquí; y así
que te encuentres allá metido en tus trabajos,
todo irá bien, y soñarás con el triunfo, mientras
que tal vez, en el mismo momento, se hundirá
todo bajo nuestras plantas.

—¡Pero — exclamó alegremente Saccard—
puesto que os deja á mi lado como un gendarme
para sujetarme si me porto mal!

Los tres soltaron la carcajada.

—¡Y podéis contar con que os sujetaré!...
Recórdad lo que nos habéis prometido, primero
á nosotros, después á tantos, por ejemplo á mi
buen Dejoie, que os recomiendo mucho... ¡Ah!
y también á nuestras vecinas, esas pobres se-
ñoras de Beauvilliers, á quienes he visto hoy vi-
gilando el lavado de algunas ropas, hecho por
su cocinera, sin duda para que la cuenta de la
lavandera suba menos.

Por un instante todavía, hablaron los tres
muy amigablemente. y la partida de Hamelin

quedó arreglada de una manera definitiva.

Cuando Saccard bajaba á su despacho, el ayuda de cámara le dijo que una mujer se había obstinado en esperarle, aunque él le hubiese dicho que había consejo y que el señor no podría recibirla sin duda. Al pronto, como se encontraba fatigado, se irritó y dió orden de despedirla; después, el pensamiento de que se debía al éxito y el temor de cambiar la vena, si cerraba su puerta, le hicieron mudar de parecer. La ola de los solicitantes crecía día por día, y aquella multitud lo embriagaba.

El despacho estaba iluminado por una sola lámpara, y no veía bien á la visitante.

—Es el señor Busch quien me envía, caballero.....

La cólera lo mantuvo de pie y ni siquiera le dijo que se sentara. Aquella voz aguda en aquel cuerpo desbordante, acababa de hacerle reconocer á la señora Mechain. ¡Buena accionista, aquella compradora de acciones al peso!

Ella le explicó tranquilamente que Busch la enviaba á tomar informes sobre la emisión del Banco Universal. ¿Quedaban títulos disponibles? ¿Se podía esperar tenerlos con la prima acordada á los sindicatarios? Pero aquello, seguramente, no era más que un pretexto, una manera de entrar, de ver la casa, de espiar lo que allí se hacía, y de examinarlo á él mismo, porque sus ojillos, abiertos á barrena en la grasa de su rostro, huroneaban por todas partes y volvíanse sin

cesar á penetrarle hasta el alma. Busch, después de haber aguardado mucho tiempo, madurando el famoso negocio del niño abandonado, se decidía á obrar, enviándola como explorador.

—No queda nada —respondió brutalmente Saccard.

La Mechain comprendió que no sabría nada más y que sería imprudente intentar alguna cosa. Así, sin esperar á ser despedida, dió un paso hacia la puerta.

—¿Por qué no me pedís acciones para vos misma?—añadió aquel queriendo hierla.

Con su voz ceceosa y aguda que parecía burlarse, ella contestó:

—¡Oh! no es ese mi género de operaciones... Yo, espero.

Y en aquel momento, Saccard, habiendo visto el gran saco de cuero que nunca la abandonaba, sintió un estremecimiento. Un día en que todo había marchado tan bien, el día en que era tan feliz por haber visto nacer al fin la casa de crédito tan deseada, ¿iría aquella pícara vieja á ser el hada mala, la que hace mal de ojo á las princesas en la cuna? Sentía lleno de valores depreciados, de títulos sin valor, aquel saco que ella acababa de pasear por las oficinas de su banco naciente, y creía comprender que le amenazaba con esperar todo el tiempo que fuese preciso, para enterrar allí sus acciones cuando la casa se derrumbara. Aquel era el graznido del cuervo que parte con el ejército en marcha, le sigue

hasta la noche de la matanza, y se cierne sobre él sabiendo que habrá muertos que devorar.

—Hasta la vista, caballero—dijo la Mechain retirándose sofocada y muy cortés.

V

En los días siguientes, en los primeros días de No-
viembre, no estaba concluida todavía la insta-
lación del Banco Universal. Aún no se había
acabado las obras de carpintería ni terminado
la enorme montera de cristales con que iba a
quedar cubierto el patio.
Aquella lentitud debíase á Saccard, que, des-
contento de la mezquindad de la instalación, pro-
longaba los trabajos con exigencias de lujo; y
no pudiendo ensanchar las habitaciones, para
realizar su constante sueño de lo enorme, había
acabado por enfadarse y por descargar sobre
Carolina el cuidado de despedir á los contratis-
tas. Esta vigilaba, pues, la colocación de las úl-
timas rejillas, de las cuales había un número
extraordinario; el patio, transformado en despa-
cho central, estaba rodeado de ellas: rejillas se-
veras y dignas, rematadas por hermosas placas
de cobre con rótulos en letras negras. En suma,
la instalación, aunque realizada en un local

V

Un mes después, en los primeros días de No-
viembre, no estaba concluida todavía la insta-
lación del Banco Universal. Aún no se había
acabado las obras de carpintería ni terminado
la enorme montera de cristales con que iba á
quedar cubierto el patio.

Aquella lentitud debíase á Saccard, que, des-
contento de la mezquindad de la instalación, pro-
longaba los trabajos con exigencias de lujo; y
no pudiendo ensanchar las habitaciones, para
realizar su constante sueño de lo enorme, había
acabado por enfadarse y por descargar sobre
Carolina el cuidado de despedir á los contratis-
tas. Esta vigilaba, pues, la colocación de las úl-
timas rejillas, de las cuales había un número
extraordinario; el patio, transformado en despa-
cho central, estaba rodeado de ellas: rejillas se-
veras y dignas, rematadas por hermosas placas
de cobre con rótulos en letras negras. En suma,
la instalación, aunque realizada en un local